

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: El regreso de Ulises (12/12)

Cuando empezó a oscurecer, Rata, con un aire de excitación y misterio, los hizo volver al salón, los colocó a cada uno junto a su montoncito y procedió a vestirlos para la próxima expedición. Era muy serio y minucioso, y el asunto le llevó bastante tiempo. En primer lugar, había que poner un cinturón alrededor de cada animal, y luego colgar una espada en cada cinturón; luego un machete en el otro lado para equilibrarlo. Después, un par de pistolas, una porra de policía, varios juegos de esposas, vendas y esparadrapo, una petaca y una caja de bocadillos. El Tejón se rio con buen humor y dijo: —¡Muy bien, Ratita! A ti te divierte y a mí no me hace daño. Voy a hacer todo lo que tenga que hacer con este palo de aquí.

Pero Rata solo dijo:

—Por favor, Tejón. Sabes que no me gustaría que después me echaras la culpa y dijeras que me había olvidado de algo.

Cuando todo estuvo listo, Tejón tomó una linterna sorda en una pata, agarró su gran bastón con la otra y dijo: —¡Ahora, síganme! Topo primero, porque estoy muy contento con él; Rata después; Sapo, por último. Y mira, Sapito. No hables tanto como de costumbre, o te mandaré de vuelta, como que me llamo Tejón.

Sapo estaba tan ansioso por no ser dejado de lado que ocupó sin murmurar el puesto inferior que se le había asignado, y los animales se pusieron en marcha. El Tejón los condujo a lo largo del río durante un trecho, y de pronto se columpió en un agujero de la orilla, un poco por encima del agua. Topo y Rata los siguieron en silencio, columpiándose con éxito en el agujero como habían visto hacer al Tejón; pero cuando llegó el turno de Sapo, por supuesto consiguió resbalar y caer al agua con un fuerte chapoteo y un chillido de alarma. Sus amigos lo sacaron, lo frotaron y escurrieron rápidamente, lo consolaron y lo pusieron sobre sus patas; pero Tejón estaba muy enojado y le dijo que la próxima vez que hiciera el ridículo, con toda seguridad lo dejarían atrás.

Así que por fin estaban en el pasadizo secreto, y la expedición de captura había comenzado de verdad. Era frío, oscuro, húmedo, bajo y estrecho, y el pobre Sapo empezó a temblar, en parte por el miedo a lo que le esperaba y en parte porque estaba completamente mojado. La linterna estaba muy adelante, y no pudo evitar quedarse un poco rezagado en la oscuridad.

Entonces oyó que Rata lo llamaba advirtiéndole:

—¡Vamos, Sapo! —y se apoderó de él el terror de quedarse atrás, solo en la oscuridad, y siguió adelante con tanta prisa que hizo chocar a Rata con Topo y al Topo con Tejón, y por un momento todo fue confusión. El Tejón pensó que estaban siendo atacados por la espalda y, como no había espacio para usar un palo o un alfanje, sacó una pistola y estuvo a punto de meterle un balazo

a Sapo. Cuando se enteró de lo que realmente había sucedido, se enfadó mucho y dijo:

—¡Esta vez ese fastidioso Sapo se quedará atrás!

Pero Sapo lloriqueó, y los otros dos prometieron que responderían por su buena conducta, y finalmente Tejón se calmó, y la procesión siguió adelante; sólo que esta vez Rata iba en la retaguardia, con un firme agarre en el hombro de Sapo.

Así avanzaron a tientas y arrastrando los pies, con las orejas erguidas y las patas sobre las pistolas, hasta que por fin Tejón dijo:

—Ya deberíamos estar casi debajo del Salón.

De pronto oyeron un murmullo confuso, lejano, pero aparentemente casi por encima de sus cabezas, como si la gente gritara, aclamara, zapateara en el suelo y golpeará las mesas. Sapo recobró el terror nervioso, pero Tejón se limitó a comentar plácidamente:

—¡Las comadreas se lo pasan en grande!

El pasadizo empezaba a inclinarse hacia arriba; avanzaron a tientas un poco más, y entonces el ruido estalló de nuevo, muy claro esta vez, y muy cerca de ellos. Oyeron "¡Hurra, hurra!", el golpeteo de los piecitos en el suelo, el tintineo de los vasos y los puñetazos sobre la mesa.

—¡Qué bien lo están pasando! —dijo Tejón—. ¡Vamos!

Se apresuraron por el pasadizo hasta que éste se detuvo y se encontraron bajo la trampilla que conducía a la despensa del mayordomo.

En la sala de banquetes se oía un ruido tan tremendo que había poco peligro de que los oyeran. El Tejón dijo:

—¡Ahora, chicos, todos juntos! —y los cuatro arrimaron los hombros a la trampa y la echaron hacia arriba. Levantándose unos a otros, se encontraron de pie en la despensa, con sólo una puerta entre ellos y el salón de banquetes, donde sus inconscientes enemigos estaban de juerga.

Cuando salieron del pasadizo, el ruido era ensordecedor. Por fin, cuando los gritos de alegría y los martillazos disminuyeron lentamente, se oyó una voz que decía:

—Bueno, no tengo intención de entretenerlos mucho más (grandes aplausos), pero antes de volver a mi asiento (nuevos aplausos), me gustaría decir unas palabras sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. Todos conocemos a Sapo (grandes carcajadas) ¡Sapo bueno, Sapo modesto, Sapo honrado! (gritos de júbilo).

—¡Sólo déjame llegar a él! —murmuró Sapo, rechinando los dientes.

—¡Espera un momento! —dijo Tejón, sujetándolo con dificultad—. ¡Prepárense todos!

—...déjenme cantarles una cancioncita —continuó la voz—, que he compuesto sobre el tema de Sapo (aplausos prolongados).

Entonces el Jefe Comadreja —porque era él— comenzó con voz aguda y chillona...

"Sapo iba alegremente
alegremente por la calle..."

El Tejón se incorporó, agarró firmemente su bastón con ambas patas, miró a sus camaradas y gritó:

—¡Ha llegado la hora! Síganme —y abrió la puerta de par en par.

¡Caramba!

¡Cuántos chillidos, berridos y alaridos llenaron el aire! ¡Las aterrorizadas comadreas se zambulleron bajo las mesas y saltaron enloquecidas hacia las ventanas! ¡Los hurones se precipitaron salvajemente hacia la chimenea y quedaron irremediablemente atascados en ella! Se volcaron las mesas y las sillas, y el cristal y la vajilla se estrellaron contra el suelo, en el pánico de aquel terrible momento en que los cuatro Héroes entraron furiosamente en la habitación. El poderoso Tejón, con sus bigotes erizados, su gran garrote silbando en el aire; Topo, negro y sombrío, empuñando su bastón y gritando su terrible grito de guerra: "¡Un Topo! Un topo". Rata, desesperada y decidida, con su cinturón abultado de armas de todas las épocas y variedades; Sapo, frenético por la excitación y el orgullo herido, hinchado al doble de su tamaño ordinario, saltando por los aires y emitiendo unos "Aullidos de Sapo" que los helaron hasta los tuétanos.

—¡Sapo vino a complacerlos! —gritó—. ¡Será un placer! —y fue directo hacia la Comadreja Jefe. No eran más que cuatro, pero a las comadreas, presas del pánico, la sala les pareció llena de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos, que chillaban y agitaban enormes garrotes; corrieron y huyeron con chillidos de terror y consternación, de un lado a otro, por las ventanas, por la chimenea, por cualquier sitio que les permitiera ponerse fuera del alcance de aquellos terribles palos.

El asunto terminó pronto. Arriba y abajo, a todo lo largo de la sala, caminaban los cuatro Amigos, golpeando con sus palos a cada cabeza que se asomaba; y en cinco minutos la habitación estaba despejada. A través de las ventanas rotas llegaban débilmente a sus oídos los chillidos de las aterrorizadas comadreas que escapaban por el césped; en el suelo yacían postrados una docena de enemigos, a los que Topo se dedicaba afanosamente a colocar las esposas. El Tejón, descansando de su trabajo, se apoyó en su bastón y se secó la frente.

—Topo —dijo—, ¡eres el mejor de los compañeros! Sal fuera y vigila a esos armiños tuyos, a ver qué hacen. Tengo la idea de que, gracias a ti, no tendremos muchos problemas con ellos esta noche.

Topo desapareció rápidamente por una ventana y Tejón ordenó a los otros dos que volvieran a poner una mesa sobre sus patas, que recogieran cuchillos, tenedores, platos y vasos de los escombros del suelo y que vieran si podían encontrar materiales para una cena.

—Quiero algo de comer —dijo, en esa forma tan común que tenía de hablar—. ¡Mueve tus muñones, Sapo, ¡y muéstrate animado! Hemos recuperado tu casa y no nos ofreces ni un bocadillo.

Sapo se sintió bastante dolido de que Tejón no le dijera cosas agradables, como había hecho con Topo, y le dijera lo buen tipo que era, y lo espléndidamente que había luchado; porque estaba bastante satisfecho de sí mismo y de la forma en que había ido a por el Jefe Comadreja y lo había mandado volando por encima de la mesa con un golpe de su bastón. Pero se apresuró a dar vueltas, y

lo mismo hizo Rata, y pronto encontraron jalea de guayaba en un plato de cristal, y un pollo frío, una lengua que apenas había sido tocada, algo de pastel y bastante ensalada de langosta; y en la despensa encontraron una cesta llena de panecillos franceses y una buena cantidad de queso, mantequilla y apio. Estaban a punto de sentarse cuando Topo entró por la ventana, riéndose, con el brazo lleno de rifles.

—Todo ha terminado —informó—. Por lo que he podido ver, tan pronto los armiños, que ya estaban muy nerviosos, oyeron los gritos y los alaridos y el alboroto dentro de la sala, algunos de ellos tiraron sus rifles y huyeron. Los demás se mantuvieron firmes durante un rato, pero cuando las comadreas se abalanzaron sobre ellos pensaron que habían sido traicionados; y los armiños forcejearon con las comadreas, y las comadreas lucharon por escapar, y forcejearon y se retorcieron y se dieron puñetazos, y rodaron una y otra vez, ¡hasta que la mayoría de ellos rodaron hasta el río! Todos han desaparecido ya, de un modo u otro, y yo tengo sus rifles. Así que no pasa nada.

—¡Excelente y magnífico animal! —dijo Tejón, con la boca llena de pollo y menudencias—. Ahora, sólo hay una cosa más que quiero que hagas, Topo, antes de que te sientes a cenar junto a nosotros; y no te molestaría si no fuera porque sé que puedo confiar en ti para ver que se haga una cosa, y ojalá pudiera decir lo mismo de todos los que conozco. Enviaría a Rata, si no fuera poeta. Quiero que te lleses a los que están en el suelo al piso de arriba contigo, y que limpies y arregles algunas

habitaciones y las hagas realmente cómodas. Procura que barran debajo de las camas, que pongan sábanas y fundas de almohada limpias, y que doblen una esquina de la ropa de cama, tal como sabes que debe hacerse; y haz que pongan en cada habitación un cubo de agua caliente, toallas limpias y pastillas de jabón frescas. Y luego puedes darles un bofetón, si te parece bien, y sacarlos por la puerta de atrás, y creo que no volveremos a verlos. Entonces ven y toma un poco de esta lengua fría. Es de primera. ¡Estoy muy contento contigo, Topo!

El bondadoso Topo cogió un palo, formó a sus prisioneros en fila, les dio la orden de "¡Marchen rápido!" y condujo a su pelotón al piso superior. Al cabo de un rato, apareció de nuevo, sonriente, y dijo que todas las habitaciones estaban listas, y tan limpias como un alfiler nuevo.

—Y tampoco tuve que abofetearlos —añadió—. Pensé que en general, ya habían recibido bastante por una noche, y las comadreas, cuando se lo dije, estuvieron de acuerdo conmigo y dijeron que no pensarían en molestarme. Se mostraron muy arrepentidas y dijeron que sentían mucho lo que habían hecho, pero que todo era culpa del Jefe Comadreja y de los armiños, y que, si alguna vez podían hacer algo por nosotros para compensarnos, sólo teníamos que mencionarlo. Así que les di un panecillo cada uno y los dejé salir por detrás, y echaron a correr tan rápido como pudieron.

Entonces Topo acercó su silla a la mesa y se echó sobre la fría lengua; y Sapo, como el caballero que era, apartó de sí todos sus celos y dijo cordialmente:

—Gracias, querido Topo, por todos tus dolores y molestias de esta noche, ¡y especialmente por tu astucia de esta mañana!

El Tejón se alegró de ello y dijo:

—¡Así habla mi valiente Sapo!

Terminaron de cenar con gran alegría y satisfacción, y se retiraron a descansar entre sábanas limpias, a salvo en el hogar ancestral de Sapo, recuperado gracias a un valor sin igual, una estrategia consumada y un manejo adecuado de los palos.

A la mañana siguiente, Sapo, que se había quedado dormido como de costumbre, bajó a desayunar vergonzosamente tarde, y encontró sobre la mesa una cierta cantidad de cáscaras de huevo, algunos fragmentos de tostadas frías y correosas, una cafetera vacía en tres cuartas partes, y realmente muy poco más; lo cual no tendía a mejorar su humor, considerando que, después de todo, era su propia casa. A través de las ventanas francesas de la sala de desayunos podía ver a Topo y a Rata de Agua sentados en sillas de mimbre en el césped, contándose historias, rugiendo de risa y levantando sus cortas patas en el aire. El Tejón, que estaba en un sillón leyendo el periódico de la mañana, se limitó a levantar la vista y asentir cuando Sapo entró en la habitación. Pero Sapo conocía al hombre, así que se sentó y preparó el mejor desayuno que pudo, pensando que tarde o temprano se las vería con los demás. Cuando

estaba a punto de terminar, Tejón levantó la vista y le dijo brevemente:

—Lo siento, Sapo, pero me temo que te espera una mañana de mucho trabajo. Verás, realmente deberíamos tener un banquete de una vez, para celebrar este asunto. Es lo que se espera de ti, de hecho, es la norma. —¡Oh, está bien! —dijo Sapo, de buena gana—. Cualquier cosa con tal de complacerte. Aunque no puedo entender por qué querrías tener un banquete por la mañana. Pero tú sabes que yo no vivo para complacerme a mí mismo, sino simplemente para averiguar lo que mis amigos quieren, y luego tratar de arreglarlo para ellos, ¡querido viejo Tejón!

—No finjas ser más estúpido de lo que realmente eres — replicó Tejón, enojado—; y no te rías ni balbucees en el café mientras hablas; no es de buena educación. Lo que quiero decir es que el



banquete será por la noche, por supuesto, pero las invitaciones tendrán que escribirse y enviarse enseguida, y tú tienes que escribirlas. Ahora, siéntate a esa mesa; hay montones de papel de carta sobre ella, con "Salón de Sapo" en la parte superior en azul y dorado; y escribe invitaciones para todos nuestros amigos, y si te atienes a ello, las enviaremos antes del almuerzo. Y yo

también echaré una mano, y asumiré mi parte de la carga. Ordenaré el banquete.

—¿Qué? —gritó Sapo, consternado—. ¡Yo quedarme en casa y escribir un montón de cartas podridas en una mañana tan alegre como ésta, cuando quiero recorrer mi propiedad y poner todo y a todos en orden, y pavonearme y divertirme! Desde luego que no. Estaré... te veré... ¡Espera un momento! ¡Por supuesto, querido Tejón! ¿Qué es mi placer o conveniencia comparado con el de otros? Deseas que se haga, y se hará. Ve, Tejón, ordena el banquete, ordena lo que quieras; luego únete a nuestros jóvenes amigos afuera en su inocente alegría, ajenos a mí y a mis preocupaciones y afanes. Sacrifico esta hermosa mañana en el altar del deber y la amistad.

El Tejón lo miró con mucha desconfianza, pero el semblante franco y abierto de Sapo hacía difícil sugerir algún motivo indigno en ese cambio de actitud. Salió de la habitación en dirección a la cocina y, en cuanto la puerta se cerró tras él, Sapo se apresuró a acercarse a la mesa de escribir. Se le había ocurrido una buena idea mientras hablaba. Escribiría las invitaciones, y se encargaría de mencionar el papel protagónico que había tomado en la pelea, y cómo había derribado a la Comadreja Jefa; y aludiría a sus aventuras, y a la carrera triunfal que tenía para contar; y en la hoja volante establecería una especie de programa de entretenimiento para la velada, algo así, fue como lo esbozó en su cabeza:

DISCURSO.... POR SAPO

(Habrá otros discursos de Sapo durante la velada)

DIRECCIÓN...POR SAPO

SINOPSIS – Nuestro sistema penitenciario – las vías fluviales de la vieja Inglaterra – tráfico de caballos y cómo negociar – La propiedad, sus derechos y sus deberes – Volver a la tierra – Un típico terrateniente inglés.

CANCIÓN...POR SAPO

OTRAS COMPOSICIONES... POR SAPO

Serán cantadas en el transcurso de la velada por el...
COMPOSITOR.

La idea le agradó mucho, y trabajó muy duro y terminó todas las cartas al mediodía, hora en que le informaron de que había una comadreja pequeña y bastante desaliñada en la puerta, preguntando tímidamente si podía ser de alguna utilidad a los caballeros. Sapo se apresuró a salir y descubrió que se trataba de uno de los prisioneros de la noche anterior, muy respetuoso y ansioso por complacer. Le dio una palmadita en la cabeza, le puso el paquete de invitaciones en la pata y le dijo que se apresurara a entregarlas tan pronto como pudiera, y que, si quería volver por la noche, tal vez habría un chelín para él, o tal vez no; y la pobre comadreja pareció realmente muy agradecida y se apresuró a cumplir su misión.

Cuando los demás animales volvieron a almorzar, muy alborotados y bulliciosos después de una mañana en el río, Topo, a quien le remordía la conciencia, miró dubitativo a Sapo, esperando encontrarlo malhumorado o

deprimido. En cambio, estaba tan altanero e inflado que Topo empezó a sospechar algo, mientras Rata y Tejón intercambiaban miradas significativas.

En cuanto terminó la comida, Sapo se metió las patas en los bolsillos de los pantalones y dijo despreocupadamente:

—¡Cuídense, muchachos! Pidan lo que quieran —y se iba pavoneando en dirección al jardín, donde quería pensar en una o dos ideas para sus próximos discursos, cuando Rata lo agarró por el brazo.

Sapo sospechó lo que buscaba e hizo todo lo posible por escapar; pero cuando Tejón lo tomó firmemente por el otro brazo, empezó a darse cuenta de que el juego había terminado. Los dos animales lo condujeron entre los dos a la pequeña sala de fumadores que se abría desde el vestíbulo, cerraron la puerta y lo sentaron en una silla. Luego ambos se pararon frente a él, mientras Sapo permanecía sentado en silencio y los miraba con mucho recelo y mal humor.

—Mira, Sapo —dijo Rata—. Se trata de este Banquete, y lamento mucho tener que hablarte así. Pero queremos que entiendas claramente, de una vez por todas, que no habrá discursos ni canciones. Intenta comprender que en esta ocasión no estamos discutiendo contigo; sólo te lo estamos diciendo.

Sapo vio que estaba atrapado. Lo habían entendido, habían visto a través de él, se le habían adelantado. Su agradable sueño se hizo añicos.

—¿No puedo cantarles sólo una cancioncita? —suplicó lastimeramente.

—No, ni una cancioncita —respondió Rata con firmeza, aunque su corazón sangró al notar el labio tembloroso del pobre Sapo decepcionado—. No es bueno, Sapito; tú sabes bien que tus canciones son todo presunción, jactancia y vanidad; y tus discursos son todo autoalabanza y... y bueno, y exageración gruesa y...y...
—Y gas —añadió al Tejón a su manera.

—Es por tu propio bien, Sapito —continuó Rata—. Sabes que tarde o temprano debes pasar de página, y ahora parece un momento espléndido para empezar; una especie de punto de inflexión en tu carrera. Por favor, no creas que decir todo esto no me duele más a mí que a ti.

Sapo permaneció largo rato sumido en sus pensamientos. Por fin levantó la cabeza, y en sus facciones se apreciaron las huellas de una fuerte emoción.

—Han ganado, amigos míos —dijo con la voz entrecortada—. Era, sin duda, una pequeñez lo que pedía; simplemente que me dejaran florecer y expandirme una noche más, dejarme llevar y escuchar el tumultuoso aplauso que siempre me parece, de alguna manera, que saca a relucir mis mejores cualidades. Sin embargo, tienen razón, lo sé, y yo me equivoco. De ahora en adelante, seré un Sapo muy diferente. Amigos míos, nunca más se sonrojarán por mí. Pero, ¡vaya, este es un mundo muy duro!

Y, apretándose el pañuelo contra la cara, salió de la habitación, con pasos vacilantes.

—Tejón —dijo Rata—, me siento como un bruto; me pregunto cómo te sentirás tú.

—Oh, si, lo sé —dijo Tejón sombríamente—. Pero la cosa tenía que hacerse. Este buen hombre tiene que vivir aquí, mantenerse y ser respetado. ¿Quieres que se convierta en el hazmerreír de los armiños y las comadreas?

—Por supuesto que no —dijo Rata—. Y, hablando de comadreas, es una suerte que nos encontráramos con esa pequeña comadreja, justo cuando partía con las invitaciones de Sapo. Sospeché algo por lo que me contaste, y eché un vistazo a una o dos; eran sencillamente vergonzosas. Confisqué el lote, y el buen Topo está ahora sentado en el tocador azul, rellenando tarjetas de invitación simples y sencillas

Por fin se acercaba la hora del banquete, y Sapo, que dejando a los demás se había retirado a su dormitorio, seguía allí sentado, melancólico y pensativo. Con la frente apoyada en la pata, reflexionaba larga y profundamente. Poco a poco se le fue despejando el semblante y empezó a esbozar largas y lentas sonrisas. Luego empezó a reírse de forma tímida y cohibida. Por fin se levantó, cerró la puerta, corrió las cortinas de las ventanas, recogió todas las sillas de la habitación, las colocó en semicírculo y se colocó frente a ellas, hinchándose visiblemente. Luego se inclinó, tosió dos veces y, dejándose llevar, con voz alzada cantó, al público embelesado que su imaginación veía tan claramente.

¡LA ÚLTIMA CANCIONCITA DEL SAPO!

¡Sapo vuelve a casa!

Hubo pánico en los pasillos y aullidos en los salones,
Hubo llantos en los establos y chillidos en los rincones,
¡Cuando Sapo volvió a casa!

Cuando Sapo volvió a casa.

Hubo golpes en las ventanas y también en las puertas,
Las comadreas se desmayaban por no estar sueltas,

¡Cuando Sapo llegó a casa!

¡Bang! ¡Suenan el tambor!

Los trompeteros tocan y los soldados saludan,

Y los cañones disparan y los coches aúllan,

¡Cuando llega el Héroe mayor!

Griten todos ¡Viva!

Y que cada uno de ustedes lo grite muy fuerte,

En honor de un animal que está de suerte,

¡Porque de Sapo es el gran día!

Lo cantó muy alto, con gran expresión y emoción; y
cuando hubo terminado, lo volvió a cantar.

Luego lanzó un profundo suspiro; un largo, largo, largo
suspiro.

Luego mojó el cepillo en la jarra de agua, se separó el
pelo por la mitad y se lo colocó muy liso a cada lado de
la cara; y, abriendo la puerta, bajó tranquilamente las
escaleras para recibir a sus invitados, que sabía que
debían de estar reunidos en el salón.

Todos los animales se alegraron cuando entró, y se
agolparon a su alrededor para felicitarlo y decirle cosas
bonitas sobre su valor, su astucia y sus cualidades para
la lucha; pero Sapo sólo sonreía débilmente y
murmuraba "¡en absoluto!"; o a veces, para variar "¡al

contrario!". Nutria, que estaba de pie en la chimenea, describiendo a un admirado círculo de amigos exactamente cómo habría manejado las cosas si hubiera estado allí, se adelantó con un grito, lanzó su brazo alrededor del cuello de Sapo, y trató de llevarlo alrededor de la habitación en una gira triunfal; pero Sapo, de una manera calmada, se deshizo sutilmente de él comentando con suavidad mientras se soltaba.

—Tejón fue el cerebro; Topo y Rata de Agua llevaron la peor parte de la lucha; yo simplemente serví en las filas e hice poco y nada.

Los animales estaban evidentemente desconcertados y sorprendidos por esta inesperada actitud suya, y Sapo sintió, mientras se movía de un invitado a otro, dando sus modestas respuestas, que eran objeto de absorbente interés para todos.

El Tejón había pedido todo lo mejor, y el banquete fue un gran éxito. Hubo mucha charla, risas y cháchara entre los animales, pero Sapo —que, por supuesto, ocupaba la silla—, miraba de reojo y murmuraba cosas agradables a los animales que tenía a cada lado. A intervalos echaba una mirada al Tejón y a Rata, y siempre que los miraba, ellos se miraban entre sí con la boca abierta, lo que le producía la mayor satisfacción. Algunos de los animales más jóvenes y vivaces, a medida que avanzaba la velada, empezaron a murmurar entre ellos que las cosas ya no eran tan divertidas como en los viejos tiempos; y hubo algunos golpes en la mesa y gritos de "¡Sapo! ¡Discurso! ¡Discurso de Sapo! ¡Canción! ¡Canción del señor Sapo!". Pero Sapo se limitó a sacudir

suavemente la cabeza, a levantar una pata en señal de leve protesta y, a base de insistir a sus invitados en que comieran manjares, de charlas tópicas y de serias preguntas por los miembros de sus familias que aún no tenían edad para asistir a actos sociales, consiguió transmitirles que aquella cena se desarrollaba siguiendo pautas estrictamente convencionales.

Era realmente un Sapo cambiado.

Después de este clímax, los cuatro animales continuaron llevando sus vidas, tan bruscamente interrumpidas por la guerra civil, con gran alegría y satisfacción, sin ser molestados por nuevos levantamientos o invasiones. Sapo, después de consultar con sus amigos, eligió una hermosa cadena de oro y un medallón con perlas, que envió a la hija del carcelero con una carta que incluso Tejón admitió que era modesta, agradecida y apreciativa; y el maquinista, a su vez, fue debidamente agradecido y compensado por todas sus penas y molestias. Por la severa coacción de Tejón, incluso la mujer de la barca fue, con algunos problemas, buscada y el valor de su caballo discretamente compensado; aunque Sapo pataleó terriblemente por esto, considerándose a sí mismo como un instrumento del Destino, enviado para castigar a mujeres gordas con brazos moteados que no podían distinguir a un verdadero caballero cuando lo veían. La cantidad en cuestión, es cierto, no fue muy elevada, ya que los tasadores locales admitían que la valoración del gitano era aproximadamente correcta.

A veces, en el curso de largas tardes de verano, los amigos daban un paseo juntos por el Bosque Salvaje, ahora exitosamente domesticado en lo que a ellos concernía; y era agradable ver cuán respetuosamente eran saludados por los habitantes, y cómo las comadrijas madres llevaban a sus crías a las bocas de sus agujeros, y decían, señalando: "¡Mira, bebé! ¡Ahí va el gran señor Sapo! ¡Y esa es la galante Rata de Agua, una terrible luchadora, caminando junto a él! Y ahí viene el famoso Sr. Topo, del que tanto has oído hablar a tu padre". Pero cuando los niños se ponían intranquilos y perdían el control, los calmaban diciéndoles que, si no se callaban y no se quedaban quietos, el terrible Tejón gris se levantaría y los atraparía. Esto era una calumnia contra Tejón, quien, aunque se preocupaba poco por la sociedad, apreciaba bastante a los niños; pero nunca dejaba de tener su efecto.